

de la tierra, el choque de las piedras, la resurreccion de muchos muertos y otros varios acontecimientos prodigiosos y que no podeis negar que acompañaron á su muerte? ¿No se cumplió en él cuanto estaba predicho por los Profetas? ¿Si habia anunciado que resucitaria al tercer dia, no lo verificó como lo dijera? ¿Pudieron negar ni aun los mismos judíos los hechos que se verificaron en su muerte? El mismo Centurion no se vió obligado á confesar que verdaderamente era Hijo de Dios? Por mas que se valieran de mil sofismas para ocultar su resurreccion, ¿pudieron negarla? Pues no ser temerarios, y conociendo su divinidad postraos en su presencia y adorarle como á Dios.

Y nosotros, fieles cristianos, ¿seremos tan perversos para nosotros mismos que habiendo el Señor venido á darnos la salud con su pasion y muerte, librándonos de la enfermedad del pecado, despreciamos tal beneficio y nos quedemos aletargados en el lecho de nuestros vicios? ¿Seremos tan ingratos que hollemos con nuestros desórdenes su preciosa sangre? ¿Imitaremos la crueldad de aquella matrona romana que pasó con su carroza sobre el cadáver de su padre para llegar con presteza á los brazos de su impuro amante Tarquino? ¿Y qué otra cosa haremos sino imitar á esa desapiadada hija, toda vez que echando en olvido los beneficios que nos ha dispensado Jesucristo nuestro Padre, corramos presurosos en menosprecio de su persona y de su ley á echarnos en los brazos de los vicios que nos halagan?

Para vuestra mayor instruccion y para alentar nuestra esperanza quiero haceros ver con San Pablo, que no una sola vez nos ha venido la salud por Jesucristo. Dios, dice el Apóstol, hace brillar su

caridad en nosotros: porque aunque éramos pecadores murió Cristo por nosotros: pues mucho mas ahora que justificados por su sangre seremos salvos de la ira somos por él mismo, porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho mas estando reconciliados seremos salvos por su vida (1). Y es así, señores, porque si bien Jesucristo nos conquistó la salud que habiamos perdido con sus tormentos y su muerte, nosotros llenos de miseria y de pecado nos apartamos del bien y nos dejamos conducir por el dictámen de nuestras pasiones: y á pesar de la muerte del Salvador, no obstante la salud que se nos restituyó en el Calvario, ¿cuántas veces hemos merecido el infierno por nuestra ingratitud? ¿Y á quién debemos el habernos librado de tanto mal? A Jesucristo que instituyó los Sacramentos en su Iglesia, para que en ellos encontráramos de nuevo la salud cada vez que la perdiéramos por el pecado. ¿Quién es nuestro mediador para con el Padre, y nos alcanza la gracia para que no perezcamos en el dia de la tribulacion? Jesucristo, de cuya mano viene todo bien. ¿Quién nos saca ilesos de tantos peligros como nos cercan por do quier y de tantos escollos como nos rodean? Jesucristo nuestro Salvador. Luego es constante que muriendo Jesucristo en la cruz nos alcanzó la salud con el precio de su preciosa sangre, y tambien lo es, como nos dice el Apóstol, que ahora que está sentado á la diestra de su Padre nos la concede de nuevo cuando tenemos la desgracia de perderla por el pecado.

A vista, pues, de tantos y tan extraordinarios

(1) Ad Rom. cap. V, v. 89 y 10.
Tomo I.

beneficios dispensados á nuestro favor, ¿nos mostraremos indiferentes? Busquemos, hermanos míos, nuestra salud, en Jesucristo, pero no en la embriaguez y en la gula, no en los festines y placeres, porque no encontraríamos otra cosa que la muerte. Busquémosla, sí, en la humildad, en la obediencia, en la caridad cristiana, en suma en la práctica de las virtudes. En Jesus crucificado tenemos un libro abierto donde todos podemos aprenderlas. La humildad, la obediencia á su Eterno Padre, la caridad, la resignacion en los trabajos, todo nos lo enseña á practicar Jesucristo en la cruz. Procuremos amarle y tomar las lecciones que nos dá ese divino Salomon desde esa sagrada cátedra. Amemos por afecto y por gratitud á nuestro Redentor, pero con un amor semejante al que le tenia el apóstol San Pablo y que refiere en su carta á los romanos: un amor del cual no pueda separarnos ni la tribulacion ni la angustia, ni el hambre ni la desnudez; un amor que no pueda entibiarse ni por el peligro, ni por la persecucion, ni por la espada: un amor que sea tan constante y verdadero que no pueda apartarnos de él ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni cosas presentes ni futuras (1). Porque no debeis olvidar y es lo que paso á explicar, que Jesucristo por el beneficio de habernos alcanzado la salud con el precio de su preciosa sangre, exige de nosotros tiernos homenajes de fé y de gratitud.

(1) Ad Rom. cap. VIII, v. 35 et seq.

SEGUNDA PARTE.

Nuestra alma y nuestro cuerpo, partes esenciales que constituyen nuestro sér racional, deben dirigirse á Dios en espíritu y verdad aquella, y éste con homenajes sensibles como él, y una y otro tributar al Hacedor supremo el culto que le es debido, ora en reconocimiento de su soberanía, ora en prueba de gratitud por los muchos beneficios que hemos recibido y recibimos cada dia de su diestra bienhechora. Reconocida constantemente esta verdad, en todo tiempo se apresuraron los hombres á cumplir estos deberes, y al culto interno que le tributaban, añadieron la solemnidad del esterno, para hacer patente y públicas las ideas que reinaban en sus corazones, y el Excelso aceptó siempre estas públicas manifestaciones de gratitud, premiándolas con abundancia.

En confirmacion de esta verdad, abramos los sagrados libros de los Reyes y los de los Paralipómenos, y veremos á Dios mandar espresamente á Salomon que le edifique un templo, y despues que éste lo ha concluido y consagrado con gran solemnidad, trasladando á él el Area, oíd la voz misma de Dios, que aceptándolo le dice: *Elegi et sanctificavit locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei, et cor meum ibi cunctis diebus.* He elegido y santificado este lugar, para que lleve mi nombre eternamente y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazon en todo tiempo (1). La piedad verdadera consiste en unir á la fé el mérito de nuestras buenas obras para tribu-

(1) II. Paralip. cap. VII. v. 17.

tar justo homenaje al Criador, y conseguir nuestro propio fin al mismo tiempo: ó sea, como dice el padre San Agustín, en que nuestra alma no sea ingrata (1). Y así es en efecto, porque no podemos ofrecer á nuestro buen Dios cosa que le sea mas agradable que los homenajes de nuestra fé y de nuestra gratitud. Salomón se los ofreció, y por eso tuvo el consuelo de oír de labios del Señor promesas extraordinarias. Despues de la traslación del Arca y de las solemnes fiestas con que el templo habia sido dedicado, postrado aquel grande monarca y protestando que nada es capaz de ofrecer el hombre á su Criador que sea digno de soberanía, le dirige una fervorosa oracion en estos términos: «Señor Dios de Israel, no hay Dios semejante á tí, ni arriba en el cielo ni abajo en la tierra: tú que guardas el pacto y la misericordia á tus siervos; que has guardado á tu siervo David, mi padre, lo que le dijiste, confirma, pues ahora Señor Dios de Israel lo que le prometiste diciendo: No será quitado varon de tu linaje delante de mí, que se siente sobre el trono de Israel: con tal que tus hijos guarden su camino, andando delante de mí como tú anduviste en mi presencia... Qué tus ojos estén abiertos sobre esta casa, de la que dijiste; *alli estará mi nombre*. Dígnate, pues, escuchar la oracion que tu siervo te dirige en este lugar.» Entonces empezó Salomón á hacer varias peticiones al Señor, dirigidas todas al bien de su pueblo; suplicándole enviase sobre sus campos la lluvia saludable en tiempo oportuno, apartase de ellos todo mal y les librase de las enfermedades contagiosas y demas plagas, toda vez que ellos arrepentidos de sus pe-

(1) *Pietas seu Dei cultus in hoc maxime constitutus est, ut anima non sit ingrata.* S. Aug. de spir. et lib. c. XI.

cados y con lágrimas de dolor acudiesen á implorar su misericordia en aquel templo y ante aquel altar (1). Así de este modo manifestó aquel monarca, el mas sábio de cuantos han ocupado los tronos de la tierra, su fé y su gratitud al Dios que le habia escogido para llevar á cabo la obra del magnífico y suntuoso templo.

Nosotros, señores, ¿tendremos menos motivos de gratitud para el Señor que aquel monarca? Acaso si á él se le comunicó, ¿no se nos comunica á nosotros de un modo mucho mas admirable? Si residió en el templo que aquel le consagrara, ¿no reside entre nosotros no en figura, sino real y verdaderamente? Si á Salomón le colmó de privilegios, ¿le concedió alguno tan extraordinario como el que nos concede á nosotros, cuando se nos une en la comunión? Y sin embargo, cristianos, ¿dónde está nuestra gratitud, dónde las obras que la acreditan? Jesus redimiéndonos, nos ha concedido la salud, don que nos repite, haciéndonos participantes de los Sacramentos de su Iglesia. Jesus cristo, pues, en el árbol de la cruz exige de nosotros homenajes de fé y de gratitud, y si no se los tributamos, seremos unos mónstruos. Tan fea es la nota de ingratitud, que hasta los mismos filósofos paganos la han calificado con las mas duras espresiones. Séneca dice que el hombre es ingrato, cuando se desentiende del beneficio recibido, mas ingrato cuando pudiendo no le paga, é ingratisimo cuando le olvida ó le niega (2).

Voy á contraerme á vosotros los hijos de este pueblo. Como cristianos debeis á Jesucristo el beneficio

(1) III. Reg. cap. VIII.

(2) *Ingratus est qui dissimulat; ingrator est qui non reddit, et ingratisimus omnium qui oblitus est.* Séneca de benefic. lib. III.

de la redencion, no debeis olvidar que recibisteis con su muerte la salud de vuestras almas; pero á mas; ¿podria referir lo que sabeis mejor que yo, los muchos beneficios que os ha dispensado y dispensó á vuestros padres y mayores cuando le invocásteis ante esta su hermosa imágen de la Salud? ¿Podreis vosotros contar las bondades de Dios en vuestro favor? Ved aquí el doble motivo de vuestra gratitud.

Yo no puedo menos de regocijarme al ver la alegría con que acudís á este templo diariamente, y con mas particularidad en este dia para implorar las misericordias de Jesucristo ante su hermosa imágen de la Salud. Yo no quiero, señores, entristeceros en dia de tanto gozo para vuestros corazones, pero quiero llamar de nuevo vuestra atencion á la oracion de Salomon en el templo y á la contestacion que recibió del Señor, el cual apareciéndosele de noche le dijo habia aceptado su oracion, y que estaba dispuesto á derramar sus beneficios sobre todo el que arrepentido de sus maldades le dirigiese su oracion en aquel lugar que él habia escogido para permanencia de su corazon, y que levantaria el trono de su reino; mas que si ellos, y atended á estas espresiones, que si ellos le volviesen las espaldas y abandonando sus leyes y sus preceptos, sirviesen á dioses agenos, arrancaria de aquella tierra, aquel templo consagrado á su nombre, le arrojaria de su presencia y le entregaria para que sirviese de fábula y de ejemplo á todos los pùeblos (1).

Os recuerdo estas palabras con el objeto de que no os entregueis á una vana confianza, porque si bien es verdad que siempre encontraron los hijos de este pue-

(1) II Paralip. cap. VII. v. 18 et. seq.

blo el remedio de sus males y desgracias en esa venerada imágen del Santísimo Cristo de la Salud, y vosotros reconoceis que siempre ha sido abundante en sus bondades, estos beneficios y otros mayores os dispensará, toda vez que no os aparteis del cumplimiento de su divina ley, ofreciéndole verdaderos homenajes de fé y de gratitud; pero si desconociendo sus bondades le volveis las espaldas y os entregais á la adoracion de los ídolos, es decir, al desenfreno de vuestras pasiones, en este caso hará con vosotros lo que ofreció hacer é hizo con los hijos de Israel; cerrará sus oidos á vuestras súplicas, os arrancará de su heredad, y hará que sirvais de fábula y escarmiento á los demas pùeblos de la tierra. Yo no espero de vosotros semejante conducta, veo con gozo que conservais á través de la impiedad del siglo la fé y religiosidad que heredasteis de vuestros mayores. Tratad de conservar este depósito sagrado y trasmitirlo á vuestros hijos, y será el modo de que tengais propicio en vuestro favor á Jesucristo, á quien tanto venerais en esa su santa Imágen de la Salud: y este bondadoso Señor y Padre de misericordia, no solamente os asistirá en la vida, y os librára de todos vuestros enemigos, sino que á mas, despues de concederos tranquilidad de conciencia, y la salud temporal en esta vida, os concederá la salud eterna en la mansion de la Gloria. Amen.